

 *Futurism* en la Tate

María Jesús Martínez Silvente
Universidad de Málaga

Si jugáramos a elegir el motivo cultural que se ha repetido con más frecuencia durante este año nos quedaríamos, sin duda, con los homenajes al centenario del nacimiento del futurismo que han tenido lugar en diferentes ciudades europeas como Milán, Roma, Florencia o París. El más reciente ha sido la excelente FUTURISM de la Tate Modern en Londres, donde se ha mostrado lo más representativo de la corriente artística italiana y el ambiente que la rodeó. En la capital del Reino Unido los de Marinetti han vuelto a mostrar, como ya hicieron en la Bernheim Jeune parisiense en 1912, las obras que ilustraron aquellos incendiarios manifiestos que, aún hoy, sorprenden a más de un visitante.

A una primera hilera de trabajos prefuturistas de los primeros años del novecientos -*Luna Park a Parigi* (1900) de Giacomo Balla, *Officine a Porta Romana* (1909) de Umberto Boccioni o *Notturmo a Piazza Beccaria* (1910) de Carlo Carrà- le siguen verdaderos hitos del movimiento como las obras de 1911, *La città che sale* o los *Stati d'animo* boccionianos en sus dos versiones, *I funerali dell'anarchico Galli* de Carrà, o la impactante *Danse du "pan-pan" au Monico*, donde el espectador queda envuelto en el *horror vacui* de Severini y termina siendo parte activa de la obra. Otro de los atractivos de la exposición londinense es el paseo "de puntillas" que puede realizarse por obras donde el efecto recíproco entre el cubismo y el futurismo se hace notar. Esto nos da la oportunidad de ver óleos de los apodados "orfistas" Delaunay o Léger, los cubistas de salón Gleizes y Metzinger, telas tan significativas como el primitivo *Grand Nu* de Braque o la Cabeza picassiana de Fernand Olivier que tanto influyó en esculturas de Boccioni como *Formas únicas de continuidad en el espacio*, también presente en la muestra.

La influencia del futurismo en manifestaciones artísticas fuera de Italia, también tiene su hueco en la galería británica: la respuesta del vorticismo inglés de David Bomberg o Nevison, las obras prerrevolucionarias rusas de Larionov, Gontcharova y el primer Malevich, los trabajos de Marcel Duchamp, Picabia, etc., y quizás uno de los episodios más anecdóticos del universo marinettiano, el caso del futurista francés Félix Del Marle.

Un hecho importante es que se ha obviado tajantemente cualquier obra que tenga que ver con el denominado Segundo Futurismo que, como es bien sabido, está ausente de la frescura y de la cohesión de la primera hornada de artistas que conquistaron el panorama cultural italiano. Atrás quedaron las nimias asociaciones entre futurismo y fascismo sin tener en cuenta cronología alguna o que figuras como Sant'Elia o Boccioni -quizás las dos mentes más lúcidas de la corriente- murieron en la Primera



crítica de exposición

Guerra Mundial y Carrà cambió su rumbo hacia el retorno al orden y la metafísica.

Ha sido una suerte para cualquier amante de las vanguardias poder asistir a este encuentro con la velocidad y la modernolatría, no sólo por ver de cerca las obras de los que querían incendiar los museos -y terminaron con sus engendros colgados de sus paredes- sino también porque tras abandonar la exposición *Futurismo* -o cualquier otra que albergue la TATE- siempre se puede optar por dar un paseo y detenerse en las plañideras de Picasso, esas que tanto influyeron en los artistas italianos después de la guerra y de las que brota el mercurio de la fuente de Calder que tan magistralmente nos advirtió el profesor Juan Antonio Ramírez.